

CRITICA DE LIBROS

MARIO VARGAS LLOSA, *EL HABLADOR*

Barcelona, Seix Barral, 1991, 237 pp.

MAURICIO OSTRIA GONZALEZ
Universidad de Concepción

La conciencia lingüística y antropológica manifestada en importantes textos literarios latinoamericanos, tiene una de sus manifestaciones más sugestivas en lo que podríamos llamar la literatura de imitación lingüística, en la que se finge una lengua o una forma de hablar mediante diversos procedimientos sintácticos y semánticos. Naturalmente, en el ámbito de nuestra cultura mestiza, cobran especial interés aquellos trabajos orientados a evocar lenguas indígenas. Los ejemplos de novelistas como Asturias, Arguedas, Rosario Castellanos y Roa Bastos son suficientemente conocidos al respecto.

Un caso muy ilustrativo es el de la novela *El hablador*, de Mario Vargas Llosa. Consciente de que, por razones culturales, está incapacitado para entender al indio desde dentro, Vargas Llosa recurre a una serie de procedimientos muy eficaces para ficcionalizar el discurso del ‘hablador’, un contador de historias machiguenga, pueblo nómada en la Amazonía peruana.

“¿Por qué había sido incapaz, en el curso de todos aquellos años –se pregunta–, de escribir mi relato sobre los habladores? La respuesta que me solía dar, cada vez que despachaba a la basura el manuscrito a medio hacer de aquella huidiza historia, era la dificultad que significaba inventar, en español y dentro de esquemas intelectuales lógicos, una forma literaria que verosímilmente sugiriese la manera de contar de un hombre primitivo, de mentalidad mágico-religiosa”.

La novela intercala el discurso del autor-narrador-testigo (que de algún modo pareciera identificarse con el autor real) y que narra sus experiencias de contacto etnocultural desde fuera, con el discurso indígena que, finalmente, resulta ser el discurso de un aculturado al revés; es decir, un blanco, amigo del autor que se ha ‘convertido’ a la cultura machiguenga, hasta identificarse con ella y asumir el misterioso rol de ‘hablador’. Para la construcción del discurso pseudoindígena, Vargas Llosa se ha documentado seria, selectiva e inteligentemente acerca de la cultura y la lengua de los indígenas. De modo tal, que el discurso del hablador posee notable poder sugestivo, merced al empleo de fórmulas narrativas que se reiteran en un estilo acumulativo. También son muy eficaces ciertas contorsiones sintácticas, relativas al orden de la frase y al uso de formas verbales, la inclusión de léxico nativo, adecuadamente contextualizado, las restricciones referenciales, vinculadas exclusivamente a la cultura indígena o miradas desde esa perspectiva.

Así, en el siguiente fragmento: “El alma de los niños que las madres ahogan en los ríos y las cochas, baja a su hondo del Gran Pongo. Eso dicen. Abajo, a lo profundo. Más adentro de los remolinos y las cascadas de agua sucia, a unas cuevas repletas de cangrejos. Allí estarán, entre las rocas enormes, sordos de tanta bulla, padeciendo. Allí se reunirán las almas de esos

niños con los monstruos que sopló Kientibakori cuando peleó con Tasurinchi. Ese fue el principio, parece. Antes, el mundo en que andamos, estaría vacío. [...] Ese día en que aparecieron tantos machiguengas. Esta es la historia de la creación. esta es la pelea de Tasurinchi y Kientibakori. Eso era antes. Allí ocurrió, en el Gran Pongo. Allí el principio principió. Así comenzó después, parece. Así empezaron a andar”.

Al final, el autor explica el sentido que para él tiene este trabajo de ficcionalización, explicación que parece valdadera para toda la literatura que se atreve por estos intrincados y tortuosos senderos y, además, aleccionador en cuanto a la posición del intelectual en nuestra América mestiza: “Porque hablar como habla un hablador es haber llegado a sentir y vivir lo más íntimo de esa cultura, haber calado en sus entresijos, llegado al tuétano de su historia y su mitología, somatizando sus tabúes, reflejos, apetitos y terrores ancestrales. Es ser, de la manera más esencial que cabe, un machiguenga raigal”. Y continúa: el que mi amigo haya prolongado “la tradición de ese invisible linaje de contadores ambulantes de historias, es algo que de tiempo en tiempo me vuelve a la memoria y desvoca mi corazón con más fuerza que lo hayan hecho el miedo o el amor”.

Trabajo fundamental de imaginación y fantasía, la ficcionalización de las lenguas indígenas en los textos literarios, forma parte de esa tarea mayor que consiste en reconocer una identidad latinoamericana una y plural, que no excluya la presencia y participación de pluralidades étnicas, sociales, lingüísticas y culturales. América Latina en vías de integración, exhibe todavía importantes zonas fragmentarias que, en distintos ámbitos, provocan el ajeno y el propio desconocimiento. Estos esfuerzos imaginarios –como el Neruda en el *Canto general*– son una apertura simbólica al otro que somos, con quien somos, indisolublemente, nuestra América.

POESÍA DE LILIANET BRINTRUP

MAURICIO OSTRIA GONZALEZ
Universidad de Concepción

Antes estudiante y profesora de Literatura en la Universidad de Concepción; después estudiante y ahora profesora en Estados Unidos, Lilianet Brintrup nos sorprende con dos libros de poesía escritos en USA pero publicados en Chile: *En tierra firme* y *Amor y caos**. Poesía fundamentalmente amatoria, los textos de Lilianet Brintrup hurgan en las entretelas de los sentimientos, las pulsiones íntimas, las sensaciones contradictorias, atracciones y rechazos, encuentros y pérdidas, memorias y nostalgias, deseos y hartazgos, esperanzas y desengaños. “El amor –esa humedad membranosa– repta” entre las páginas de sus libros con un lenguaje desenfadado en que junto a las evidentes y conscientes reminiscencias librescas (Jorge Manrique, Bécquer, Machado, Miguel Hernández, Gabriela Mistral, Huidobro,

*Lilianet Brintrup, *En tierra firme*, Santiago, Ediciones del Azafrán, 1993. Lilianet Brintrup, *Amor y caos*, Santiago, La Trastienda, 1994.